

DES-URBANIZACIÓN Y MOVIMIENTO SOCIAL URBANO-RURAL: CLAVES PARA EL ESCENARIO DE POSCONFLICTO ARMADO

Marco Coscione*

* Licenciado en Ciencias Internacionales y Diplomáticas de la Universidad de Génova (Italia). Máster oficial en América Latina Contemporánea y sus relaciones con la UE: una cooperación estratégica de la Universidad de Alcalá (España). Investigador social y asesor en temas de comercio justo, economía solidaria y movimientos sociales. *marco.coscione@gmail.com*

INTRODUCCIÓN

La cuestión agraria es un factor transversal en los conflictos en Colombia, sociales y armado, y se encuentra en la base de las reivindicaciones tanto de los movimientos y organizaciones políticas como de los grupos guerrilleros.

A pesar de los varios intentos de reforma agraria que ha vivido el país, la desconcentración y democratización de las tierras rurales siguen siendo una utopía. Sin embargo, imaginemos por un momento que en el país de Macondo se ponga en marcha una verdadera reforma agraria, con efectivas redistribuciones de tierra, atacando frontalmente la concentración de tierras y el agronegocio, y revirtiendo la subalternidad del campesinado. ¿Qué pasos previos (o paralelos) deberíamos dar para que una reforma de este tipo alcance su objetivo? Un desarrollo —o un “convivir juntos de una manera armónica” (Albó, 2011) en y desde lo rural—, realmente equilibrado y sostenible tanto ambientalmente e intergeneracionalmente, un convivir juntos como base sólida e indispensable para la construcción de paz.

En el texto que sigue defenderé la idea que los dos primeros pasos que tendríamos que dar son: organizar y llevar a cabo un proceso de “des-urbanización organizada” y repoblamiento del campo; construir o fortalecer desde abajo un nuevo actor social y político (no partidario) que una los lazos rurales y urbanos, y que se constituya como referente para el desarrollo de un modelo de producción, distribución y consumo realmente alternativo, que disminuya las desigualdades y reduzca los conflictos económico, ambientales y culturales aún presentes en muchos países de la región. A continuación explicaré por qué hay que apostar por estos dos pasos que, naturalmente, pueden nutrirse uno del otro. Sin embargo, estas páginas no serán suficientes para desarrollar la idea de “des-urbanización organizada”, pero sí nos ayudarán a canalizar nuevas preguntas e inquietudes.

Con “des-urbanización organizada” no entiendo solamente una vuelta al campo, sino un proceso gradual que incorpora los siguientes elemen-

tos fundamentales: repensar nuestros estilos de vida, nuestras dietas, necesidades y expectativas; decrecer y replantearnos los patrones y procesos productivos, comerciales y de consumo; construir socialmente territorios sostenibles y resilientes; apostar por la sabiduría y el convivir en armonía, en lugar del conocimiento (científico y tecnológico) y del desarrollismo desconectados de los ciclos de vida naturales.

¿URBANIZACIÓN SINÓNIMO DE PROGRESO?

La alta tasa de urbanización, como subraya Escobar (1999), se considera una de las características fundamentales del “desarrollo”, junto con la industrialización, la tecnificación de la agricultura, la educación y la adopción de los principios de la modernidad. Con ellas se perpetua el mito de lo urbano rico y desarrollado por encima de lo rural, pobre y subdesarrollado. Con ellas se mantiene vivo el modelo desarrollista que sigue generando una crisis tras otra.

A partir de 1900 la población de la región latinoamericana ha crecido de 60 millones a casi 590 en 2010¹. Este crecimiento poblacional ha sido acompañado, sobre todo a partir de los años 60, por un crecimiento urbano acelerado, con tasas de hasta el 5 % anual. “La región pasó de tener 40 % de la población residiendo en ciudades al inicio de ese periodo, a 70 % cuarenta años después” (ONU-Habitat, 2012, p. 19).

Cinco de las 30 ciudades más pobladas en el mundo se encuentran en América Latina. “La región tiene actualmente una tasa de urbanización de casi el 80 %, la más elevada del planeta, prácticamente el doble de la existente en Asia y África y superior a la del grupo de países más desarrollados” (ONU-Habitat, 2012, p. 18).

¹ “Dentro de la región, la distribución demográfica es desigual. Se presenta una elevada concentración de población en dos países, México y Brasil, que suman más de la mitad de la población regional (18,5 y 33 % de población, respectivamente). Centroamérica y el Caribe representan cada una el 7 % de los habitantes, mientras que el denominado Cono Sur reúne al 12 % y los países del arco andino-ecuatorial el 22 %” (en ONU-Habitat, 2012, p. 18).

En Latinoamérica, la llamada "transición urbana" parece ya consolidada; de hecho, el ritmo de crecimiento urbano está disminuyendo. Sin embargo, a pesar de la disminución de la tasa de crecimiento, las migraciones campo-ciudad siguen: estas migraciones engordan los cordones de pobreza y las periferias de las ciudades, crecidos sin ninguna planificación, con escasez de servicios básicos y una inseguridad social, sanitaria y alimentaria-nutricional creciente. Se calcula que más de 162 millones de personas viven en condiciones indignas, en tugurios y aéreas totalmente degradadas. Con este crecimiento sin planificación aumentan las viviendas en zonas de riesgo; los sistemas de saneamiento básico y tratamiento de las aguas residuales son insuficientes e ineficientes; crece la acumulación de residuos sólidos en áreas inadecuadas y sin tratamiento; se deterioran el suelo, los ecosistemas y las zonas verdes escasean cada vez más. Además de esta evidente "huella ecológica", el crecimiento urbano sin control está generando una "huella alimentaria"; las dos tienen consecuencias muy negativas en la gestión de los dos principales recursos del planeta: la tierra y el agua.

EL MUNDO RURAL Y LAS FINANZAS INTERNACIONALES

Al mito de la urbanización, que sigue atrayendo a miles de campesinos a las grandes ciudades de toda la región, se suman los tremendos avances del capital financiero internacional en el control y la explotación del mundo rural. Como subrayan varios autores, en los últimos años la tierra y los recursos naturales vuelven al centro de los intereses globales, por ser potenciales "activos" para recuperarse de la crisis financiera. Esto agudiza la concentración y los monopolios en el agro. Lo explica muy bien João Pedro Stedile (2008, pp. 21-22) cuando nos introduce a los mecanismos mediante los cuales el capital financiero internacional está controlando, a pasos agigantados, las tierras y los procesos de producción agropecuarios. Estos mecanismos son: a) la compra por parte de los bancos de gran parte de las acciones de empresas medianas y grandes del agro; de este modo, la promoción de un proceso de concentración entre las empresas del agro; b) la dolarización de la economía mundial, a través de la cual las multinacionales aprovecharon tasas

de cambio favorables para penetrar las economías nacionales, comprar empresas y controlar los mercados agrícolas; c) las recetas del libre comercio, impulsadas por los organismos internacionales como el FMI, el BM y la OMC, que aceleraron el dominio de las grandes multinacionales; d) el crédito bancario: Em prácticamente todos os países, o desenvolvimento da produção agrícola está cada vez mais dependente de insumos industriais e à mercê da utilização de créditos para financiar a produção. Esses créditos permitiram financiar a ofensiva desse modo de produção da “agricultura industrial” e suas empresas produtoras de insumos. Ou seja, os bancos financiaram a implantação e o domínio da agricultura industrial em todo o mundo; e) finalmente, el abandono por parte de los gobiernos nacionales de las políticas de protección de la agricultura nacional y la economía campesina y a pequeña escala; paralelamente, el impulso del agronegocio subsidiado.

Dentro de esta lógica, y para el caso colombiano, se entiende que el presidente Juan Manuel Santos haya escogido como ministro de Agricultura a Rubén Darío Lizarralde, quien durante casi 20 años fue gerente general de Indupalma, empresa considerada pionera en las alianzas público-privadas para el desarrollo de los agronegocios.

El escaso interés en políticas de desarrollo agrario y rural basadas en la defensa del campesinado, la estigmatización del papel del campesino, tanto en la economía como en la política nacional, la concentración de las tierras y la difusión de los agronegocios, están profundizando las desigualdades y articulando las relaciones campo-ciudad cada vez más a través de las grandes superficies y supermercados.

Los procesos que se viven en el campo tienen raíces muy profundas, pero la última crisis económico-financiera ha acentuado la embestida a nivel global. Como subraya siempre Stedile (2008, pp. 21-26), el control del capital financiero sobre la agricultura y la economía rural se está agravando por diferentes razones: como respuesta a la crisis, las empresas del Norte están invirtiendo en “activos fijos”, sobre todo en el Sur; al mismo tiempo, los capitales financieros, cada vez más, se di-

rigen a las bolsas internacionales de los productos agrícolas y mineros para poder especular y lucrar con ellos a futuro. Acercándose la crisis del petróleo, y con la excusa de la reducción del calentamiento global, están aumentando las inversiones de las multinacionales en biocombustibles, principalmente caña de azúcar y maíz, pero también palma y soya.

En todo el mundo se va agudizando la concentración del control de la producción de alimentos (sobre todo granos, lácteos y carne) en las manos de pocas empresas que también dominan otros eslabones de la cadena de producción, comercialización y consumo. Dentro de la misma empresa además se asiste a una "simbiosis" cada vez mayor entre el capital industrial, el comercial y el financiero. Asimismo, se acelera la concentración del capital en el interior de una misma empresa que ya no solo controla la producción y el comercio de un determinado producto, sino también sectores como la producción de insumos y máquinas para la agricultura, pero también semillas transgénicas o hasta fármacos.

El control del capital financiero se traduce cada vez más en control sobre los precios, tanto de los productos como de los insumos, así como sobre el conocimiento técnico y científico y la investigación. Además, hay una constante privatización tanto de las tierras como de los bienes de la naturaleza, especialmente agua y semillas; y una consecuente pérdida de soberanía de los pueblos y los países, tanto sobre la propiedad de la tierra como sobre los alimentos y los procesos productivos.

Otro proceso bien visible es la

... perigosa padronização dos alimentos humanos e animais em todo o mundo. A humanidade está sendo induzida a alimentar-se cada vez mais com verdadeiras "rações" padronizadas pelas empresas. A comida se transformou numa mera mercadoria, que precisa ser consumida de forma massiva e rapidamente. Isso traz consequências incalculáveis para a destruição dos hábitos alimentares locais, da cultura, e riscos para a saúde humana e dos animais. (Acosta, 2005, p. 58)

Finalmente, además de la aceleración de los procesos de reprimarización, monocultivo y extractivismo, en todo el continente latinoamericano se está viviendo la implementación de grandes extensiones de cultivos maderables tanto para la producción de celulosa como para producir energía.

HACIA UNA DES-URBANIZACIÓN ORGANIZADA

Al pensar en las reformas agrarias solemos concentrarnos en lo rural, en la tierra, en su redistribución equitativa, en el acompañamiento y asistencia técnica a los campesinos, en la apuesta por la asociatividad entre campesinos o pequeños productores, en la entrega de insumos y maquinarias por parte del Estado, pero casi siempre nos olvidamos de lo urbano, casi como si lo rural fuese opuesto o desconectado de lo urbano.

A mi juicio, las ciudades y la población urbana son estratégicas para lograr que una reforma agraria sea realmente efectiva. En el caso colombiano, un posible acuerdo de desarrollo agrario integral nunca se convertirá en realidad si lo urbano no hace bien su parte.

Al considerar tanto lo rural como lo urbano estamos considerando el conjunto de las relaciones sociales, económicas y políticas de esta sociedad: lo rural depende de lo urbano y lo urbano de lo rural. No se trata de una relación de dependencia, sino de complementariedad².

Si quisiéramos un verdadero desarrollo rural y reducir drásticamente la pobreza y las desigualdades en el campo, el mundo urbano tiene que cambiar profundamente.

² "Cabe recordar que lo urbano, en este mundo globalizante, ejerce una gran influencia sobre todo lo que le rodea, determina en cierto modo la región circundante porque es lo que mayor dinamismo económico concentra. La mayoría de ganadores se concentra en las ciudades y muchos perdedores en el desperdigado campo..." (Acosta, 2005, p. 62).

¿Cómo activar una des-urbanización organizada y un repoblamiento del campo que influya concreta y positivamente en un desarrollo rural armónico?

El desarrollo rural es algo que muchos consideramos urgente y necesario pero pocos nos atrevemos a vivir activamente.

¿Cómo repensar lo que entendemos por “desarrollo rural” desde el activismo, desde los movimientos sociales, saliéndonos de una visión puramente académica o burocrática, saliéndonos de una visión asistencial o de proyectos de cooperación al desarrollo, saliéndonos de la visión de las políticas públicas dirigidas a “los pobres del campos” y no con una visión global de la sociedad?

Si queremos un desarrollo rural armónico tenemos que plantearnos una vuelta organizada al campo. Esta, a mi juicio, es una fundamental premisa. Y en esta planificación organizada del proceso de des-urbanización el movimiento social y popular, tanto rural (campesino, indígena y afro, por ejemplo) como urbano, tiene que tener un papel protagónico y marcar las pautas para el futuro.

Cuando personas que nunca han vivido en el campo y siempre han mantenido cierta “calidad” de vida se ven catapultadas en el campo empiezan a reconsiderar sus necesidades y sus prioridades. Esto necesariamente lleva a reconsiderar sus vidas bajo un esquema “rural” y no urbano. Des-urbanizan sus estilos de vida. Perfecto. Entonces, ¿qué hacer? ¿Por dónde empezar?

Empecemos a visualizar el arranque de un proceso de “des-urbanización” y vuelta al campo que alimente un desarrollo rural a través de lo humano, desde abajo. Empecemos a visualizar algunos actores clave que deberían fomentar, a través de sus decisiones y sus acciones, ese proceso. Actores que desde sus discursos apuestan por el desarrollo rural, pero que desde sus prácticas aún alimentan a las ciudades.

1. Las universidades deberían empezar a transferirse a las zonas rurales, construir nuevas sedes o reforzar las que ya tienen en ciudades pequeñas o medianas, dejando así la capital y articulando nuevos procesos formativos y sociales desde lo rural.

Construir una sede universitaria en un pueblo rural, en una ciudad pequeña y no en la capital, llevar a las zonas rurales los mejores profesores e investigadores o los cursos más conectados con el mundo laboral, alimentaría toda una serie de dinámicas sociales y económicas que ahora no existen en las zonas rurales. Además de una simple generación de empleos rurales, si estas universidades empiezan a consumir productos producidos por pequeños productores locales, pueden hasta construir nuevos canales de comercialización directos y relativamente estables. Circuitos cortos que fomentan las economías locales y reducen la contaminación de los circuitos largos de distribución y consumo. Bien lo hace Oscar Bazoberry Chali (2010) cuando afirma que hay que

... generar riqueza y distribuirla de manera adecuada en el conjunto del país y que las personas puedan disfrutarla allí donde se encuentren. Desde el punto de vista rural, significa generar las condiciones para que el flujo de riqueza vuelva y se establezca en el campo. En el campo, el área rural, la producción agropecuaria, agroindustrial y forestal es capaz de generar condiciones para una vida digna, en el presente y el futuro. ... Es necesario modificar el patrón de ocupación del espacio que genera presiones desde distintos sectores para trasladar recursos del campo a la ciudad y dotarse de una visión de desarrollo alternativa a la que predomina en la actualidad. (p. 649)

Si queremos fomentar el desarrollo rural a través de una des-urbanización, además, es imposible seguir pensando en que una persona del campo que quiere estudiar, por ejemplo, agronomía (u otra carrera) para seguir vinculado al territorio de origen y a lo rural tenga que endeudarse estudiando y viviendo en la capital (o en la grande ciudad más cercana) durante varios años. Por otro lado, tenemos que repensar en dos cosas: ¿qué tenemos que estudiar? Y ¿para qué tenemos que estudiar? ¿Vale la pena seguir formando empresarios, abogados, ingenieros, informáticos u otros profesionales de carreras afines al modelo

de desarrollo basado en el crecimiento económico y en la explotación-destrucción de los recursos naturales?

El culto a ciertas carreras “porque dan dinero” es de por sí algo insostenible y, sin embargo, seguimos fomentándolas en detrimento de otras carreras que podrían ayudarnos a fortalecer nuestros vínculos con la tierra y sus riquezas no monetarias. Carreras que son fundamentales en el proceso de construcción de paz: antropología, ciencias sociales y humanas, psicología, historia, medicina (con enfoque ancestral), agroecología y agronomía, economía (con enfoque solidario), entre otras.

En este sentido, estoy totalmente de acuerdo con Gudynas (2013) cuando afirma que “la cura para salir de esta repetición ya no está ni en la economía ni la política, sino posiblemente en un cambio cultural radical (p.22). Un cambio que necesita un fuerte replanteamiento de lo que significa desarrollo. Esto se reconecta, en parte, con lo expresado por Farah y Vasapollo (2011) cuando hablan de “Conciencia del Vivir Bien” y demandan a las instituciones académicas que reorienten sus fundamentos teóricos y metodológicos, sobre todo en la enseñanza de la economía.

Para las universidades públicas se necesita claramente una participación del Estado en ese proceso; pero esto no significa que hay que esperar que la decisión se tome desde arriba:

... mientras las instituciones y los profesionales continúen reproduciéndose a sí mismos con éxito en lo material, cultural e ideológico, prevalecerán también ciertas relaciones de dominación. ... hasta donde esto suceda, el desarrollo seguirá siendo en gran medida conceptualizado por quienes poseen el poder. (Escobar, 2007, p. 183)

2. Las instituciones públicas también deberían empezar a trasladarse al campo, sobre todo las que están más ligadas a las cuestiones del agro y el desarrollo rural.

¿Por qué los ministerios de agricultura y desarrollo rural tienen su sede en las capitales? Una real descentralización pasa también por estos tipos de cambio; de este modo se generarían los mismos efectos posi-

vos que planteaba para el caso de las universidades. La presencia en el campo de estas entidades, u otras, genera automáticamente la posibilidad de respuestas mínimas a las necesidades básicas de personas acostumbradas a vivir en la ciudad y de instituciones acostumbradas a moverse, trabajar y relacionarse en la ciudad: calles, carreteras, caminos, saneamiento y alcantarillados, agua potable, redes eléctricas, conexiones telefónicas y de Internet, y mucho más.

3. Las ONG, fundaciones o asociaciones que se ocupan de desarrollo rural también deberían empezar a dejar la capital y establecer sus sedes en pueblos pequeños en las zonas rurales.

¿Cómo es posible que las ONG que trabajan temas rurales sigan teniendo sus sedes en la ciudad? ¿A quién beneficia la presencia de la sede de una ONG que trabaja temas de desarrollo rural en la capital? Seguramente a los directivos y empleados de la ONG, que casi siempre son ciudadanos urbanos, y además a todas las empresas que ofrecen sus servicios en las ciudades y no en el campo. Claro, en el escenario actual casi no hay alternativa... por eso se trata justamente de crear otra alternativa y cambiar las reglas del juego.

La presencia de universidades, instituciones públicas y ONG (solo por empezar) en el campo también lleva consigo pequeños emprendimientos que logran alimentar varias necesidades, tanto económico-productivas como sociales y de esparcimiento.

¿Qué tal nuevas escuelas para responder a la nueva demanda de servicios educativos? Los hijos de las personas que trabajan en estas entidades recién mudadas al campo también tendrán que estudiar... y lo harán compartiendo con los hijos de los campesinos. Así todos se beneficiarán de la diversidad.

Y ¿qué tal las tiendas, los cines, los teatros, los parques, las librerías, etc.? El ocio y la sana diversión también ocupan un lugar en nuestro convivir en armonía con nosotros mismos, con los vecinos y con la na-

turaleza. Nosotros, ciudadanos urbanos, lo sabemos muy bien y lo exigimos, ¿pero a los habitantes de las zonas rurales qué les queda?

Si de ONG, fundaciones y asociaciones estamos hablando, ¿por qué no repensar seriamente en el papel que deberían jugar en la articulación social territorial? Además, ¿por qué no repensar cómo deberían utilizar los fondos nacionales o internacionales?

A mi juicio, la mayoría de las ONG deberían reorientar completamente sus esfuerzos: primero, hacia un trabajo educativo, de sensibilización y concientización sobre los insostenibles modelos de vida urbanos; segundo, hacia la constitución de organizaciones de trabajadores rurales que puedan generar unidad entre sus integrantes y las comunidades, manteniéndose siempre autónomas y tomando sus decisiones de manera asamblearia; tercero, hacia la compra de terrenos que pueden ser usados para la producción comunitaria y que, al mismo tiempo, pueden contrarrestar el proceso de acaparamiento de tierras por parte de la agroindustria; cuarto, hacia la conversión de cultivos convencionales en cultivos orgánicos o, aun mejor, agroecológicos, en la búsqueda de una mayor resiliencia; quinto, hacia la constitución o el fortalecimiento de medios y canales de comercialización de los productos producidos por los productores campesinos; sexto, hacia el relevo generacional de las familias campesinas, para que estas se mantengan en el campo, y para que las nuevas familias que llegan a través del proceso de “desurbanización” desarrollen un nuevo sentido de pertenencia al campo y las zonas rurales en las cuales serán acogidas.

4. Otros actores centrales como las familias, los individuos y los emprendimientos sociales y solidarios.

Para empezar, aquellas personas que ya están comprometidas con alguna idea (personal o colectiva) de desarrollo rural y con una apuesta por una vida más sana y “natural”; que apoyan procesos de comercialización de productos campesinos y agroecológicos; o que desarrollan actividades económicas o sociales en el campo, pero aún siguen

viviendo en la ciudad. Pues es con estas personas que hay que empezar seriamente actividades de mayor sensibilización y compromiso con el proceso de “des-urbanización” y vuelta al campo. De esta manera, en palabras de Maristella Svampa (2011), asistiríamos a una

... valorización del territorio... ligada a la historia familiar, comunitaria e incluso ancestral (“territorio heredados”) ... la búsqueda de una mejor calidad de vida ... un estilo de vida diferente en el cual la relación con “lo natural” y el ambiente juega un papel central (“territorio elegido”). Por último, la concepción del territorio “heredado” y/o del territorio “elegido”, va convergiendo con la concepción del territorio vinculada a las comunidades indígenas y campesinas (“territorio originario”). (p. 10)

En segundo lugar, también aquellos emprendimientos sociales, solidarios o cooperativos que pueden organizar una mudanza gradual y mantenerse sostenibles, a través del cambio de necesidades y prioridades. Como bien subraya Armando Bartra (2011),

... para prosperar y cumplir con prestancia su función social, la agricultura campesina –tanto la familiar como la comunitaria como la asociativa– necesita un contexto económico que trabaje a su favor. Una economía multiforme pero concertada, articulada, armónica. No el incuo campo de batalla que es el mercado capitalista, sino un sistema de producción y circulación regulado desde arriba y desde abajo con criterios socio-ambientales. Una economía moral y solidaria donde ni la naturaleza ni la sociedad sean tratadas como mercancías. Una economía virtuosa que aún no existe –y que en escalas grande nunca ha existido– de modo que deberemos soñarla e inventarla. No será fácil. (p.40)

Estimular a todos los actores de los cuales he hablado en este apartado tiene que estar acompañado por un cambio radical en las dietas de los seres humanos y animales. Si queremos construir un proceso de “des-urbanización” también tenemos que empezar a “des-urbanizar” nuestras dietas, nuestras costumbres alimenticias; cuando empecemos a “des-urbanizarlas” al mismo tiempo le estaremos restando “mercado” al agronegocio. Tenemos que volver a darle otro sentido a la alimentación, no solamente el de “llenarnos” o “aparentar bienestar”.

Desde las prácticas *mapuche*, Jimena Pichinao (2012) subraya, por ejemplo, que “la alimentación es la mejor manera de reforzar simbólicamente la amistad y confianza mutua, entre personas y entre grupos; en la lógica mapuche, dar buena alimentación y mantener relaciones sociales, se encuentran plenamente asociados” (p. 45).

Llegados a este punto pueden surgir espontáneas algunas preguntas: ¿Cómo acompañamos este proceso de actores individuales y colectivos si no existe una clara voluntad política de repoblamiento del campo por parte de los Gobiernos nacionales? Además, ¿cómo hacer que ciertos actores sociales no se limiten a una reivindicación puntual o espacial, sino que a través de nuevas relaciones sociales construyan una nueva territorialidad o confluyan directamente en la construcción del territorio de manera conjunta con los actores del campo y los mismos movimientos socioterritoriales, cuya existencia está estrechamente ligada con el territorio? La experiencia brasileña del Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (en adelante MST) nos puede dar muchas pistas para empezar a visualizar el segundo fundamental paso que anunciaba al comienzo de este trabajo.

FORTALECIMIENTO DEL MOVIMIENTO SOCIAL FRENTE A LA ARREMETIDA NEOLIBERAL: REFLEXIONES A PARTIR DEL “PARO NACIONAL AGRARIO” COLOMBIANO DE 2013

Como comentábamos, desde hace muchos años estamos asistiendo a dos procesos paralelos pero muy estrechamente ligados entre ellos: por un lado, la urbanización y, por el otro, el control de la agricultura y del mundo rural por parte del capital financiero internacional y sus multinacionales.

Si por un lado el agronegocio destruye y desarticula, por otro puede tener el efecto opuesto: el surgimiento o “re-surgimiento” de movimientos sociales y populares desde los territorios rurales, justamente como respuesta a la nueva agresión del capital, cada vez más globalizado y financiero.

A pesar de que no se pueda encerrar la gran diversidad de expresiones de los nuevos actores sociales latinoamericanos dentro de una única definición, hay algunos rasgos comunes que autores como Zibechi (2003), Svampa (2007) o Seoane, Taddei y Algranati (2009) nos ayudan a reconocer:

- “... la territorialización de los movimientos, o sea, de su arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados a través de largas luchas, abiertas o subterráneas”. Es el elemento que mejor caracteriza a los nuevos movimientos sociales latinoamericanos: la reapropiación colectiva, física y simbólica de los espacios supera la concepción estrictamente economicista de la tierra como medio de producción. “Las ‘tomas’ de las ciudades de los indígenas representan la reapropiación, material y simbólica, de un espacio “ajeno” para darle otros contenidos ... La acción de ocupar la tierra representa, para el campesino sin tierra, la salida del anonimato y es su reencuentro con la vida” (Zibechi, 2003, p. 186);
- La convergencia de acción entre las comunidades eclesiales de base vinculadas a la teología de la liberación, la cosmovisión indígena y la militancia revolucionaria;
- “... la acción directa no convencional y disruptiva, como herramienta de lucha generalizada... pone de manifiesto la crisis y agotamiento de las mediaciones institucionales (partidos, sindicatos), en el marco de la nueva relación de fuerzas” (Svampa, 2007, p. 3). Las acciones y las estrategias mantienen una fuerte actitud propositiva;
- “La democracia directa y la emergencia de nuevas estructuras de participación que tienen un fuerte carácter asambleario se refleja en la tendencia a crear estructuras flexibles, no jerárquicas, proclives al horizontalismo y la profundización de la democracia” (Svampa, 2007, p. 4);
- “La revalorización de la cultura y la afirmación de la identidad de sus pueblos y sectores sociales” (Zibechi, 2003, p. 186), y, por tanto, la formación de sus intelectuales;

- El nuevo y vigoroso papel de las mujeres, tanto en las zonas rurales como en las periferias urbanas, y la reproducción de los esquemas de las familias extensas dentro de los sujetos sociales;
- Una renovada y estrecha relación con la Madre Tierra y la defensa de la naturaleza;
- “... un nuevo ethos militante ... se expresa a través de nuevos modelos de militancia: militantes sociales o territoriales, militantes socioambientales, activistas culturales, entre otros” (Svampa, 2007, p. 4), y un “nuevo internacionalismo” (Seoane, Taddei & Algranati, 2009), que en América Latina se puso de manifiesto sobre todo a través del rotundo rechazo al proyecto de integración continental impuesto por Estados Unidos (el Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA), enterrado en la IV Cumbre de las Américas (Mar del Plata, 2005);
- Una criminalización generalizada de estos movimientos por las fuerzas conservadoras, que, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001 los consideran “terroristas” o “antipatrióticos”.

Todas son características muy relevantes, tanto desde el punto de vista social y político como desde el punto de vista de las relaciones con la naturaleza y con nuestras identidades. Quiero rescatarlas aquí porque justo cuando empecé a escribir este artículo en Colombia comenzaron las movilizaciones campesinas que dieron vida al “Paro Nacional Agrario”.

No cabe duda que el Paro Agrario fue el escenario para un nuevo encuentro entre distintos actores sociales movilizados en contra del sistema neoliberal colombiano y también del conflicto armado. Consecuentemente, fue un escenario favorable para el posible resurgimiento de un actor social y popular constantemente atacado por la violencia económica, armada y política.

Según Fernando Dorado (2013), activista social y conocedor del mundo rural colombiano, las actuales movilizaciones de productores del cam-

po, incluyendo el paro cafetero de marzo-abril, “cambiaron la dinámica de lucha hacia la búsqueda de un mayor impacto político y social mediante el bloqueo beligerante de las carreteras troncales para forzar negociaciones con el Estado y fortalecer su proceso organizativo para enfrentar el futuro” (p. 25). En este sentido, los campesinos dieron un gran salto adelante concentrando el centro del problema en la implementación de los tratados de libre comercio, y todas las problemáticas a ellos relacionadas; y, al mismo tiempo, asumiendo un rol político más activo al pedir expresamente de ser protagonistas en la construcción de nuevas políticas nacionales para el agro.

El apoyo transversal que suscitó el Paro Agrario (productores, transportistas, mineros, estudiantes, maestros, centrales obreras, trabajadores de la salud, entre otros gremios) se materializó en los cacerolazos masivos en decenas de ciudades del país el lunes 26 de agosto.

Este nuevo contacto entre lo rural y lo urbano puede significar un replanteamiento histórico del movimiento sociopolítico popular nacional. Para varios analistas, el apoyo transversal de otros gremios “es una muestra de la efervescencia creciente de un movimiento social que busca transformaciones a partir de sus agendas particulares. ... No obstante, la coordinación de acciones sigue siendo insuficiente ante la disparidad de agendas” (Mantilla, 2013, p. 18).

A pesar de las insuficiencias aún presentes, no son pocos los que afirman que algo nuevo se está moviendo en el país en los últimos años: y es extraordinario que este movimiento sea un movimiento fundamentalmente rural, que proviene del campo y anima a los actores urbanos a sumarse, con sus más diversas expresiones.

No es casualidad que sea el campesinado el que lidera las luchas populares, porque el campo representa hoy “el escenario principal de la confrontación entre el campo popular y el modelo económico y político oligárquico” (Gutiérrez, 2013).

¿Se conformará el movimiento campesino con las ayudas del Gobierno, mientras las locomotoras agroindustriales y mineras siguen avanzando? ¿O, por el contrario, logrará construir desde abajo un actor social y popular que empuje cambios estructurales en el campo colombiano, a través de la formulación e implementación de nuevas políticas públicas para el sector rural, sin olvidar, naturalmente, la estrecha relación y dependencia entre el campo y la ciudad? Aquí está la clave.

A mi juicio, la conformación de ese actor social y popular, de masas y “de carácter policlasista” (Svampa, 2011, p. 4), es fundamental para que una hipotética reforma agraria sea efectiva y sus beneficios para el mundo rural perduren en el tiempo.

En el marco del diálogo de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP, el primer punto de la negociación, sobre el cual se alcanzó un acuerdo en mayo de 2013, es la “Política de Desarrollo Agrario Integral”. Para las partes negociadoras, la “Reforma rural integral” está en la base de las necesarias transformaciones para la no repetición de la guerra y la construcción de la paz. Las medidas acordadas abordan diversos temas, desde la democratización del acceso a la tierra hasta la protección y seguridad social del campesinado. Sin duda, el acuerdo formula respuestas para hacer frente a las mayores problemáticas agrarias, pero es tan solo el punto de partida. Su implementación y el desarrollo de una verdadera reforma agraria requieren de la participación de la sociedad, especialmente de un actor social y popular fuerte que logre llevar las medidas del papel a la realidad, frenando a los sectores que se oponen a una transformación radical de la inequitativa y excluyente estructura agraria del país.

Dejando un momento de lado el caso colombiano y ampliando el análisis, como adelanté al comienzo, este sería el otro paso previo (o paralelo) para llevar a cabo una verdadera reforma agraria que apunte a un cambio de paradigma en el desarrollo rural. La experiencia del MST en este sentido es muy llamativa. Como cuenta Stedile (2012, p. 34) en “Brava Gente”, este movimiento fue algo *sui generis*, sobre todo, y quie-

ro resaltarlo aquí, porque sus puertas están abiertas a todo el mundo, hombres, mujeres, ancianos y jóvenes, pero también campesinos y militantes urbanos (“mãos grossas” y “mãos lisas”). Es así porque el MST percibe la lucha por la reforma agraria como una lucha integral, indisolublemente ligada a las luchas por la democratización de toda la sociedad; una lucha de masas y no solamente de los gremios campesinos o los trabajadores rurales; una lucha por otra educación, etc. En este sentido integral de la lucha del MST se refleja el ligado campo-ciudad, la interdependencia y complementariedad entre las luchas en y desde el campo y las luchas en y desde la ciudad. La idea de “des-urbanización” y vuelta al campo se conecta claramente con la propuesta del MST de crear “agrovilas” en donde se fomente otro modelo de desarrollo rural.

Finalmente, tanto la voluntad de frenar la expansión del agronegocio como el fortalecimiento del movimiento social dependen, a mi juicio, de las prácticas de lucha del movimiento social y popular, conformado tanto por campesinos como por activistas urbanos y nuevos ciudadanos del campo. Dentro de estas prácticas hay que rescatar la ocupación de tierras como acción de lucha efectiva, visible y motivadora. Una vez más hay que valorar el proceso del MST y la convicción de que la ocupación es la única solución, así como el lema “Ocupar, resistir, producir”, que otros movimientos sociales (como los de trabajadores y fábricas recuperadas) también han retomado para sus luchas. Pero también deberíamos apostar por un trabajo similar al que hace el MST con los pobladores de las *favelas*.

Como hemos visto al principio, la urbanización está causando sobrepoblamiento en zonas urbanas crecidas con ninguna planificación territorial y sin servicios básicos. Por un lado, el movimiento social y popular está llamado a trabajar para convencer cada vez más personas a dejar esas condiciones indignas y volver al campo; por el otro, el mismo movimiento social estaría llamado a planificar los espacios hacia los cuales canalizar los nuevos flujos migratorios provenientes de las ciudades. Se trataría de una planificación concertada y construida desde abajo, desde el mismo movimiento social rural-urbano.

CONCLUSIONES

La búsqueda de soluciones para las grandes problemáticas del campo en Colombia demanda el análisis de alternativas, teniendo en cuenta el contexto local y los fenómenos de carácter global; esto excede el ámbito de discusión y los acuerdos entre el Gobierno y las FARC-EP y lleva a cuestionar los procesos de urbanización acelerada e, incluso, el modo de vida propio de nuestras sociedades.

La idea de des-urbanización como la necesidad de constituir y fortalecer un actor social y popular que tenga una fuerte base rural hace tiempo está poniendo en duda mi manera de vivir, mis costumbres y mis necesidades. Ya de por sí austeras y no “esquizofrénicas”, pero siempre urbanas.

Los que no somos campesinos, que no nos reconocemos como miembros de comunidades campesinas, indígenas, afros, entre otras, ¿podemos seguir construyendo el proyecto globalcrítico del altermundismo desde las ciudades? ¿No son estas mismas, sobre todo las grandes capitales y metrópolis tanto del Norte como del Sur, los verdaderos centros del proyecto capitalista que no está llevando a la autodestrucción?

La amenaza ya está presente... hace tiempo se alimenta del modelo insostenible de “urbanización-industrialización-descampesinización”.

¿Por dónde empieza el cambio cultural y de vida? En este texto he lanzado algunas propuestas que podríamos resumir de la siguiente manera: 1) avanzar en un proceso de des-urbanización organizada sin esperar una política de Estado al respecto, y construir nuevos circuitos sociales, políticos y económicos solidarios en el campo, viviendo en el campo; 2) cambiar nuestras costumbres urbanas por modelos de vida rurales, más acordes con una relación armoniosa con los demás, los animales y la naturaleza, limitando nuestras necesidades y expectativas; 3) articular y fortalecer un movimiento social y popular, con bases campesinas, pero abierto a todo el mundo; 4) apostar por la ocupación

de tierras como medio de presión efectivo para frenar la avanzada del agronegocio y luchar por una verdadera reforma agraria.

Sin embargo, para concluir me gustaría retomar las palabras de Carlos Walter Porto-Gonçalves (2006) con respecto al sentido de la ciudad y de los límites:

Es preciso rescatar un significado que los griegos reservaron para límites –polis. Polis es como originalmente designaban al muro con el que delimitaban la frontera entre la ciudad y el campo. Así, polis era el límite entre la ciudad y el campo. Tiempo después pasó a designar lo que se encontraba contenido en el interior del muro –la ciudad. Mientras tanto, la polis, la política, la ciudad, la ciudadanía mantienen un íntimo vínculo con aquel significado original. Es que política es el arte de definir los límites: tiranía es cuando uno define los límites para todos; oligarquía es cuando pocos definen los límites para todos y democracia es cuando todos participan en la definición de los límites. De esta manera, es necesario rescatar a la política, en su sentido más profundo como el arte de definir los límites, que, como vimos, sólo es plena en la democracia. No hay límites imperativos en la relación de las sociedades con la naturaleza. Esos límites, necesariamente, deberán ser construidos entre hombres y mujeres de carne y hueso por medio del diálogo de saberes entre modalidades distintas de producción de conocimiento, ya sea al interior de una misma cultura o entre culturas distintas. ¡La especie humana deberá autolimitarse. Los límites son, ante todo, políticos. (p. 38)

Si rescatamos el sentido político de nuestras vidas, de nuestras acciones, aprenderemos a ponernos límites a nosotros mismos y a construir, de manera colectiva, los límites sociales de nuestras sociedades y nuestra sociedad global. Solo así podremos ponerles límites a la avanzada de un modelo económico (de producción-distribución-consumo) insostenible y ya agonizante. Sin embargo, no serán unos pocos que podrán los límites para todo el mundo, no seremos nosotros mismos los que finalmente reproducimos otro modelo de tiranía; más bien convocaremos a todo el mundo a la puesta de límites consensuados que nos permitan “convivir en armonía”. La convocatoria está abierta y la idea es reunirnos y construir ese otro modelo en y desde el campo. ¿Será posible?

REFERENCIAS

- ACOSTA, A. (2005). *Desarrollo glocal. Con la Amazonía en la mira*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- ALBÓ, X. (2011). Suma qamaña = convivir bien. ¿Cómo medirlo? En I. Farah / L. Vasapollo (coord.), *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?* Bolivia: Cides-Umsa.
- BARTRA, A. (2011). De indios y campesinos. Desafío de la revolución en la América profunda. *Ciencias Sociales, Revista de las Carreras de Sociología y de Política* (Quito: Universidad Central del Ecuador), 33.
- BAZOBERRY, O. (2010). Bolivia, desarrollo rural constitucionalizado. En *A Closer Look: Bolivia's New Constitution, International Institute for Democracy and Electoral Assistance*. Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Universidad Mayor de San Andrés.
- Dorado, F. (2013). Paro nacional agrario: saltos cualitativos en el movimiento social. *América Latina en Movimiento*. Disponible en: <http://alainet.org/active/66829>.
- ESCOBAR, A. (1999). Antropología y desarrollo. *Maguaré* (Bogotá, D.C.: Universidad Nacional de Colombia), 14, 42-73.
- ESCOBAR, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y La Rana.
- FARAH, I. & Vasapollo, L. (2011). Introducción. En I. Farah / L. Vasapollo (coord.), *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?*, Bolivia: Cides-Umsa.
- GUDYNAS, E. (2013). El Desarrollo en el día de la marmota. *Acción y Reacción*. Disponible en: <http://accionyreaccion.com/?p=622>.
- GUTIÉRREZ, J.A. (2013). Paro agrario y popular: ¿Un nuevo punto de inflexión en la lucha de clases? Telesur. Disponible en: <http://www.telesurtv.net/articulos/2013/08/19/paro-agrario-y-popular-un-nuevo-punto-de-inflexion-en-la-lucha-de-clases-7823.html>.
- MANTILLA, A. (2013). El paro nacional agrario: cuando lo reivindicativo es transformativo. *Palabras al margen*. Disponible en: http://palabrasalmargen.com/index.php/articulos/nacional/item/el-paro-nacional-agrario-cuando-lo-reivindicativo-es-transformativo?category_id=138.
- ONU-Habitat (2012). *El estado de las ciudades de América Latina y el Caribe. Rumbo a una nueva transición urbana*. Kenia: Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos.

- PICHINAO, J. (2012). *Todavía sigo siendo mapuche en otros espacios territoriales. Mapuchewkülekan kake fütalmapu mew*. Tesis de maestría, Universidad Estadual de Campinas, Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Programa de Pos-graduación en Antropología Social, Brasil.
- PORTO-GONÇALVES, C. (2006). *El desafío ambiental*. México: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.
- SEOANE, TADDEI & ALGRANATI (2009). El concepto movimiento social a la luz de los debates y la experiencia latinoamericana recientes. Congreso ALAS XXVII, Grupo de Trabajo n.º 20, Buenos Aires.
- STEDILE, J. (2008). Tendências do capital na agricultura, documento de síntesis entre la primera versión presentada en la V Conferencia Internacional de La Vía Campesina en Maputo, Mozambique, y una segunda versión revisada publicada en enero de 2012 en *Caderno de debates n.º 1 – Preparação para o VI Congresso Nacional do MST, 2013*.
- STEDILE, J. & MANÇANO FERNANDES, B. (2012). *Brava gente: a trajetória do MST e a luta pela terra no Brasil*, (2ª ed.). São Paulo: Expressão Popular-Fundação Perseu Abramo.
- SVAMPA, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista y movimientos sociales: ¿Un giro ecoterritorial hacia nuevas alternativas? Versión provisoria, especialmente preparada para el encuentro de Quito, organizado por la Fundación Rosa Luxemburgo.
- SVAMPA, M. (2007). Movimientos sociales y escenario político: las nuevas inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina. VI Cumbre del Parlamento Latinoamericano, Caracas.
- ZIBECHI, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. OSAL (Buenos Aires: Clacso), 9, 200p.